

la dinámica histórica de la verdad cristiana

El mismo título de nuestra monografía puede extrañar a algunos: "Cristianismo en evolución". ¿De la imagen de la "roca de Pedro" inmovible al oleaje del tiempo, siempre fiel a su misión, de la moral permanente, de la solidez dogmática, de las formulaciones claras, precisas y definitivas, pasa la Iglesia a poseer un rostro mudable?

Desgraciadamente muchos hombres de buena voluntad angustiosamente se hacen esta pregunta: ¿por qué cambian actualmente las instituciones de la Iglesia, sus costumbres, su manera de pensar? Parece como si la Iglesia misma abandonara a los que con esfuerzo llegaron a identificar su manera de ser y de sentir, aun en las cosas más pequeñas, con el sentir de la Iglesia. Frente a la renuncia del mundo se abre paso una teología de las realidades terrenas, de un conformismo providencialista se ha pasado a elaborar una teo-

logía de la revolución, etc. Quisiéramos que estas líneas sirvieran de esclarecimiento a aquellos que palpan una evolución en el seno de la Iglesia y que sin embargo no han llegado a entender por qué es posible este cambio.

el ser histórico del hombre

El hombre por ser vida es esencialmente cambio, evolución. Quizá sea la pieza clave de la estructura mental moderna el evolucionismo generalizado, es decir: llegar a comprender que todo lo creado es tiempo, duración, todo se desarrolla históricamente, todo tiene un comienzo y tiende a un fin. Sólo Dios, fuente de la vida, permanece siempre en plenitud trascendiendo toda la historia y estando presente en ella a través de los acontecimientos. Por su ser histórico el hombre se encuentra siem-

pre entre un pasado, que se le presenta como dato previo (no escogemos nuestra época) y un futuro que se acerca y con el que tiene que enfrentarse. Se posee a si mismo el hombre en diálogo con la realidad, realidad concreta que es para él acontecimiento histórico en el tiempo. Frente a la realidad ha de realizarse libremente. A ese conjunto de realidades concretas, en las que la humanidad se encuentra situada, es a lo que el Concilio Vaticano II ha llamado "los signos de los tiempos".

los signos de los tiempos

"Es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad" (GS n.º 4). Puesto que ninguna realidad humana es extraña a la Iglesia, sino que representa un mayor nivel de conciencia y una clara visión de la misma al iluminar esa realidad con la luz del Evangelio, la Iglesia ha comprendido y aceptado este descubrimiento de la conciencia humana, que se revela a si misma como histórica. Todo el doloroso y esperanzador esfuerzo de la Constitución *Gaudium et Spes* no tiene otro sentido, que el del diálogo y aceptación de cada uno de los signos de los tiempos. El Concilio nos dirá: "las circunstancias de la vida moderna del hombre en el aspecto social han cambiado profundamente, tanto que se puede hablar de una nueva época de la historia humana. Los estudios históricos contribuyen mucho a que las cosas se vean bajo el aspecto

de la mutabilidad y de la evolución" (GS n.º 54). "La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva" (GS n.º 5) y "de esa manera somos testigos de que nace un nuevo humanismo en el que el hombre queda definido principalmente por su responsabilidad hacia sus hermanos y ante la Historia" (GS n.º 55).

Al hacerse el hombre plenamente consciente de su ser histórico, se induce consecuentemente una aceleración en todas las direcciones de su existencia espiritual, cultural, social, económica y política, que obliga a la Iglesia a un replanteamiento de problemas, para que haciéndoles frente con valentía, pueda cumplir su misión de "fermento de la Historia" (GS n.º 44). El Concilio se propuso responder a los interrogantes del hombre de hoy "para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones" (GS n.º 10). Esta toma de conciencia de la Iglesia de su condición histórica y la gran aceleración de los cambios propios de la época en que vivimos, son los que condicionan la evolución en la manera de pensar, actuar y sentir, evolución en las instituciones y evolución en la vida cristiana.

historicidad del misterio de salvación y de la iglesia

Si es verdad que la era actual se caracteriza por haber captado de una manera consciente el ser histórico del hombre, sería ingenuo pensar que la humanidad ha vivido en un puro fixismo hasta nuestros días. La historia humana no

significa sino la marcha acompasada de toda la humanidad desde sus orígenes hasta el momento presente. La misma Revelación no fue dada al hombre de una vez, sino a través de cada circunstancia histórica que rodeaba al pueblo elegido. La irrupción de Dios en el acontecer humano es la clave del pensamiento bíblico. Al pueblo se le presentan nuevas situaciones y en esa nueva situación ha de buscar el modo nuevo de su relación con Dios. En los acontecimientos diarios se manifiesta la acción salvífica de Dios. Este es el sentido profundo de toda la tipología del libro del Exodo. La humanidad está en éxodo constante, éxodo que sólo tiene sentido si se tiene la esperanza de una Tierra prometida. Y Dios se manifestó al pueblo y lo fue guiando por el desierto con maravillosa pedagogía, enseñándole a reaccionar ante cada situación. De aquí que las primeras fórmulas de fe en el Antiguo Testamento tengan como contenido la afirmación de la intervención de Dios en los acontecimientos históricos del pueblo de Israel.

La Iglesia es el Reino de los últimos tiempos. Pero mientras no poseamos los "nuevos cielos y la nueva tierra en los que tenga morada la santidad, la Iglesia peregrinante en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, lleva consigo la imagen de este mundo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas que gimen entre dolores de parto hasta el presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios" (LG n.º 48).

La Iglesia está fundada sobre la roca de Pedro, tiene día a día la asistencia eficaz del Señor, pero por pertenecer al tiempo y llevar consigo la imagen del mundo que pasa tiene que ir cambiando su

rostro. Cada día se perfila su rostro con una nueva juventud que nace del Espíritu del Resucitado. El sentido profundo del "aggiornamento" es escuchar la palabra del Espíritu que habla día a día al corazón de la Iglesia, "guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la Tierra" (GS n.º 22). "El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el Universo, procura discernir entre los acontecimientos, exigencias y deseos de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o los planes de Dios" (GS n.º 11).

Signos de los tiempos que el Vaticano II ha querido recoger, cuando, ciertamente, algunos estaban más cómodos asentados en seguridades doctrinales, jurídicas y ético-sociales, olvidados de que es la misma Iglesia la que gime entre dolores de parto en espera de la manifestación de los hijos de Dios. Olvidados de que la vida de la Iglesia es un peregrinar por el desierto, sin caminos definidos y delimitados en espera de nuevas situaciones, pero iluminados por la luz interior del Espíritu, como en el desierto la nube guió al pueblo de Dios (Ex 40, 36-38).

Para el israelita el nombre de Dios era Yahwéh, es decir: "el que está presente con su pueblo". La garantía de verdad y seguridad en medio del acontecer humano histórico, era esa fidelidad inquebrantable del Señor de la promesa. La misma seguridad de presencia eficaz encontró la Iglesia desde su fundación en las palabras del Señor a los Doce: "yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20). El mismo Jesús que había dicho "que cada

día tiene su inquietud" (Mt 6, 34), su signo, promete una presencia eficaz en cada hora de la Iglesia.

Es emocionante asistir al desarrollo de la comunidad cristiana primitiva como nos lo narra San Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles. La Iglesia decide dócil al Espíritu en cada momento: elección de Matías, institución de los Diáconos, la vocación de Saulo, etc. Pero quizás la situación más inquietante para los espíritus tradicionales fue la entrada en número masivo de los gentiles al seno de la Iglesia. La evidencia del "don del Espíritu Santo derramado sobre los gentiles" (Act 10, 45) obligó a Pedro a decir: "¿acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?" (Act 10, 47). Una vez admitidos los gentiles en la Iglesia, vuelve a presentarse la discusión "cuando algunos de la secta de los fariseos que habían abrazado la fe se levantaron, para decir que era necesario circuncidar a los gentiles y mandarles guardar la ley de Moisés" (Act 15, 5). Fue necesario el Concilio de Jerusalén. ¿Y toda la historia de los Concilios qué es sino la historia de la respuesta de la Iglesia a cada nueva situación?

El estar alerta de la Iglesia, cumpliendo la palabra del Maestro que manda vigilar, es lo que hace posible una historia de la Iglesia. Como decíamos anteriormente la historia, como dimensión humana del tiempo, acontece cuando se tiene la esperanza de una Tierra prometida a la que llegar al final de la peregrinación. La Iglesia ha tomado plenamente conciencia de su estado de peregrina (LG n.º 48, GS n.º 45) y no teme enfrentarse con la realidad. "Es propio de todo el pueblo de Dios, pero principal-

mente de los pastores y teólogos, auscultar, discernir e interpretar con la ayuda del Espíritu Santo, las múltiples voces de nuestro tiempo y valorarlas a la luz de la palabra divina, a fin de que la palabra revelada pueda ser mejor percibida, mejor entendida y expresada en forma más adecuada" (GS n.º 44).

El no querer aceptar los signos de los tiempos fue el gran pecado de los fariseos. Prefirieron la comodidad de la guarda fiel de las instituciones, de la estructura definida, del cumplimiento escrupuloso de lo mandado, al riesgo de aceptar la ocasión propicia del día de la venida del Señor que se revelaba con palabras y hechos (DV n.º 2). No comprendieron a Jesús que había venido no a abolir la ley, sino a darle cumplimiento (Mt 5, 17). Los fariseos seguros en la ley no entendieron la nueva situación del día de la salvación. Quizás el temor a que la roca de Pedro se resquebraje, temor que algunos hoy día no tienen pudor en ocultar, sea la señal más clara de la falta de fe en la vida de Cristo Resucitado, en su presencia eficaz hasta el fin de los tiempos y en la oración del que ora por nosotros con gemidos inenarrables. Hay personas de mentalidad fixista, esos de criterios inamovibles, que creen que el único criterio de verdad es el pasado, lo de siempre, lo que corresponde a una esencia de pensamiento ya determinada. Para ellos el pasado es el único sentido del futuro, son los que dicen: no hay nada nuevo bajo el sol. Son hombres que en definitiva no han aceptado la vida. ¿Puede un cristiano dudar de la verdad y de la vida, cuando Jesús nos ha dicho: "yo soy el camino, la verdad y la vida"? (Jn 14, 6). La primera categoría de la vida es la evolución, el cambio.

En Cristo se unen verdad y vida. Hay un crecer de este Cristo total, que es la Iglesia, y hay una respuesta vital de la Iglesia a cada circunstancia histórica.

resolviendo la objeción de historicismo

Es posible que algunos piensen que al admitir esta posibilidad de cambio en la Iglesia caemos en un absoluto relativismo, puesto que no tenemos, dirán éstos, un criterio cierto y definido de verdad: lo que ayer era verdad hoy no lo es, lo que ayer valía hoy no vale, etc. Así situamos a la Iglesia en el historicismo de un devenir sin sentido.

Creemos que con la exposición positiva de la primera parte de este artículo hemos respondido en gran parte a las objeciones de relativismo e historicismo que puedan hacerse a esta manera de concebir la historia de la Iglesia. Podemos apelar sin embargo a la experiencia personal más íntima: nosotros, siendo siempre los mismos, somos sujetos de un acontecer. Tenemos que realizarnos como personas y lo que aprehendemos de nuestra persona es el permanecer idéntico a pesar de las diferentes situaciones en que nos pone la vida: infancia, juventud, madurez. Aceptamos de esta manera la condición más profunda de todo ser humano que es ser hijos del tiempo. Con esto no quitamos todo criterio de verdad, que sería el relativismo, sino que al contrario lo ponemos en Dios que es el que permanece. Conocemos la verdad en cuanto que somos imágenes de Dios. Por eso la Iglesia, hija de Dios, tiene

siempre el gran criterio de verdad: la Palabra del Dios fiel, la Sagrada Escritura. El historicismo afirmado simplemente sin ninguna clase de matizaciones, ciertamente nos sume en un relativismo pragmatista, pues la referencia al pasado del historicismo no es como presencia condicionante del futuro, sino como simple sucesión. La postura historicista es superficial. Es la del hombre que no ausculta el signo del tiempo, porque no es capaz de discernir, sino que es llevado por el acontecimiento. Como es natural no es ésta la postura que la Iglesia acepta reflejamente. No quiere la Iglesia ser dominada por el acontecimiento histórico, sino al contrario, dominarlo, asumirlo y darle sentido. La Constitución *Gaudium et Spes* nos dirá: "la Iglesia, custodia del depósito de la palabra de Dios, del que manan los principios del orden religioso y moral, sin que siempre tenga a mano respuesta adecuada a cada cuestión, desea unir la luz de la revelación al saber humano, para iluminar el camino recientemente emprendido por la humanidad" (GS n.º 33).

El cambio, el acomodarse a la situación presente no supone una ruptura con lo anterior —la ruptura sería propia de la actitud historicista—. El presente humano y por lo tanto el presente de la Iglesia experimenta en sí todo el peso de la Historia, en el presente está latiendo la proyección ortogonal de todo el pasado. Sería una equivocación suprimir el pasado, habríamos suprimido el sentido histórico más profundo. Es precisamente con la carga humana de un pasado como puede expresarse el presente y hacerse cara a un futuro. La Historia será siempre la "magistra vitae" —maestra de la vida—, auténtica tradición que posibilita

abrirse con esperanza en cada recodo del tiempo. Actitud evangélica del padre de familia "que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (Mt 13, 52). Aquel que buscara anclar en la tradición por instinto de seguridad, en el fondo de su corazón niega la presencia eficaz de Cristo en la Iglesia, pues en último término "el Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la Historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones" (GS n.º 45).

ya no tenemos miedo al cambio

Con la seguridad en la palabra y en la vida del Resucitado, con el valor de la perenne juventud propia de lo eterno, con la esperanza de caminar como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, alegrémonos de que la Iglesia recogiendo "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo", "solidaria del género humano y de su historia" (GS n.º 1), fiel a la palabra del Señor vigile y con valentía se enfrente a un mundo nuevo, del que tiene que ser fermento.

Quizás a algunos cristianos que sienten el presente con punzante inquietud, les parezca muy lento

el cambio. Consecuentes con la mentalidad histórica les decimos: la misma Iglesia necesita reposo en su cambiar, no sería fiel a su misma vida si el cambio se diese caprichosamente, sin una lenta maduración.

Permítasenos terminar con las palabras que recientemente nos ha dicho K. Rahner que podrían servir de resumen a nuestro artículo: "entre la verdad real de ayer, de hoy y de mañana, hay una secreta armonía más honda que cuanto saben los petulantes innovadores y los apologistas conservadores a todo precio de lo antiguo. El cristiano animoso tendrá la experiencia de que lo permanente está vivo y que lo eterno es la hondura última de lo que cambia; lo permanente es lo que tiene la fuerza de cambiar; y eso permanente es la Iglesia" (1).

SIGLAS

- LG Lumen Gentium
GS Gaudium et Spes
DV Dei Verbum

NOTA

- (1) K. RAHNER, *Invariabilidad y cambio en la inteligencia de la fe en tiempo del Concilio*: Academia Teológica, I, Salamanca, 1967, p. 136.